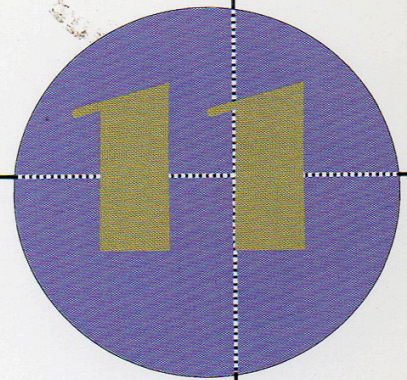


semIOSIS

tercera época, vol. VI, núm. 11



enero-junio de 2010

ISSN: 0187-9316

Dulce María Aguirre Barrera: La libertad y el sueño en dos cuentos modernistas ¿herencia romántica? • *Marta Piña*: “Nocturno de la ciudad abandonada”: primer poema urbano de Octavio Paz • *July De Wilde*: Los fundamentos ontológicos en el trabajo de Renato Prada Oropeza y la importancia de integrarlos en traductología • *Irlanda Villegas*: *La muerte de una disciplina* de Gayatri Spivak y la traducción cultural

Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias
UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Diseño de portada: Óscar Espinosa Gutiérrez
Diagramación: Estrella Ortega Enríquez
Traducción de los *abstracts*: Faustino Gerardo Cerdán Vargas
Cuarta de forros: Estrella Ortega Enríquez

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Rector: Raúl Arias Lovillo

Secretario Académico: Ricardo Corzo Ramírez

Secretario de Administración y Finanzas: Víctor Aguilar Pizarro

Director de Investigaciones: Jesús Samuel Cruz Sánchez

Director del Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias:

Norma Angélica Cuevas Velasco

Director Editorial y de Publicaciones:

Agustín del Moral

Semiosis

Tercera época, vol. VI, núm. 11

ISSN 0187-9316

	México	Extranjero
Ejemplar sencillo	\$60.00	\$32.00

Suscripciones y canje: IIL-L/ Apartado postal 369,
91040, Xalapa, Veracruz, México.

Comité de Honor

Manuel Asensi (Universidad de Valencia)
Tatiana Bubnova (Universidad Nacional Autónoma de México)
Neomí Lindstrom (Universidad de Texas)
Nadine Ly (Universidad de Michel de Mointaigne, Francia)
Luz Aurora Pimentel (Universidad Nacional Autónoma de México)

Jurado de Arbitraje

Rodrigo Bazán Bonfil (Universidad Autónoma del Estado de Morelos)
María Esther Castillo García (Universidad de Querétaro)
Alberto Carrillo Canán (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla)
Fortino Corral Rodríguez (Universidad de Sonora)
Stephanie Decante (Universidad de La Sorbona, París)
Blanca Fernández Cárdenas (Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo)
Adrián Gimata-Welsh (Universidad Autónoma Metropolitana)
Gabriel Linares (Universidad Nacional Autónoma de México)
Claudia Molinari Medina (Universidad Autónoma de Chiapas)
Mario Rojas (The Catholic University of America, Washington)
Elba Sánchez Rolón (Universidad de Guanajuato)
Monica Quijano Velasco (Universidad Nacional Autónoma de México)

Director fundador

Renato Prada Oropeza (1978-2007)

SEMIOSIS

Es una revista semestral del Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias de la Universidad Veracruzana incluida en los siguientes índices: CLASE, base de datos bibliográfica de revistas de ciencias sociales y humanidades de la Dirección General de Bibliotecas de la UNAM; LATINDEX, sistema regional de información en línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe y Portugal de la Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe (REDALYC); MLA Directory of Periodicals, MLA International Bibliography.

Índice

Artículos 7

- La libertad y el sueño en dos cuentos modernistas, ¿herencia romántica?
Dulce María Aguirre Barrera 9
- Deslizamientos, rupturas, transgresiones: la metalepsis como estructura narrativa
Lorena Ventura Ramos 27
- El «Libro de Ruth» de Gilberto Owen, un itinerario erótico
Heber Sidney Quijano Hernández..... 43
- «Nocturno de la ciudad abandonada»: primer poema urbano de Octavio Paz
María Piña..... 63
- Elias Nandino: La llama sexual que siempre se negó a extinguirse
Alfredo Rosas Martínez..... 77
- Los fundamentos ontológicos en el trabajo de Renato Prada Oropeza y la importancia de integrarlos en traductología
Judy De Wildé..... 97
- «La infraestructura de la afectividad. Conversación con Antonio Ziriñ Quijano»
Ramsés S. Soberano y Adán Reyes..... 115
- Realidad, signo y lenguaje en X. Zuburi: bases para una revisión crítica del ser en la ontología contemporánea
José Antonio Hernanz Moral..... 133

Tóxcatl: una fiesta prehispánica como modelo cultural <i>Martha Julia Toriz Proenza</i>	163
<i>La muerte de una disciplina</i> de Gayatri Spivak y la traducción cultural <i>Irlanda Villegas</i>	189

Notas y reseñas 217

Sísifo encarnado en la poesía de José Emilio Pacheco <i>Asunción del Carmen Rangel López</i>	219
---	-----

Alessandro Baricco, <i>Los bárbaros</i> <i>Roberto Poblete Velázquez</i>	227
---	-----

Venti, Patricia. <i>La escritura invisible. El discurso autobiográfico en Alejandra Pizarnik</i> <i>Isaura Contreras Ríos</i>	233
--	-----

Resúmenes/Abstracts 237

Artículos

Elias Nandino: La llama sexual que siempre se negó a extinguirse

Alfredo Rosas Martínez

Universidad Nacional Autónoma de México

La poesía no es nada si no es el
canto de nuestra propia miseria.

Georges Bernanos

Hay hombres que nacen, literalmente, con el diablo en el cuerpo. Elías Nandino fue uno de ellos. El pueblo donde nació (Cocula, Jalisco) albergaba un mundo de tentaciones: el despertar del cuerpo y sus deseos, el placer, la sospecha de lo prohibido, la zoofilia, la aparente naturalidad de hacer ciertas cosas prohibidas, su atracción por la belleza masculina, su insatisfacción y su soledad. En su poema «Canto a mi pueblo», escribió: «Nadie me enseñó el mal; lo aprendí de las aves, / de los potros ardientes, de los leves insectos» (Nandino, 1986: 81). Y en otro lugar se preguntaba: «¿En qué célula nace / el mal del pensamiento que asesina? / ¿En dónde crece el árbol demonio que me tienta?» (Nandino, 1981: 126). Desde siempre, el poeta intuyó la exuberancia de la vida y del deseo. En sus primeros poemas, la luna deja de ser romántica y, ahora, se ofrece, impúdica, al mejor postor; el payaso o, podría entenderse, el simulador procura ser sincero en su carcajada y en sus lágrimas.

También hay seres que nacen con Dios en el cuerpo y en el alma. Elías Nandino también fue uno de ellos. Educado en una familia típica de pueblo mexicano, la religión católica fue determinante: la iglesia de su lugar natal, la doctrina, las misas, la primera comunión a los seis años de edad, el respeto y el temor a Dios. Como un eco o un guiño a la vida de San Francisco de Asís, el poeta escribió:

Nadie me enseñó el bien; lo aprendí en las abejas, en el perro casero que brincaba al mirarme, en la caña de azúcar que endulzaba los labios y en los hombres del campo que cantaban canciones. (Nandino, 1986: 81)

La lucha entre el bien y el mal marcó para siempre su destino desde el punto de vista de la noción de pecado. En una ocasión, en plena infancia, cometió un acto inocente, pero indebido en relación con el despertar de las tentaciones del cuerpo; ante esto, su madre lo reprendió y lo atemorizó: «Me repitió que a los niños malos se los llevaba Satanás al infierno» (Nandino, 2000: 5). En otra ocasión, con motivo de la muerte de un amigo con el que había cometido actos de impureza, el remordimiento de conciencia no lo dejó tranquilo: «Yo me impresioné porque el pecado emparenta con las gentes y era para mí inolvidable lo último que me hizo Lencho» (Nandino, 2000: 15). Tal es la razón por la que, ya en su vejez, al recordar su implacable infancia, escribió:

«Descubrimiento»

Quando el niño
se *confiesa*
por primera vez,
descubre
que el pecado existe,
y comienza a pecar después.
(Nandino, 1979: 64)

Su vida juvenil estuvo llena de anécdotas y de aventuras en relación con lo prohibido. Para Nandino, la palabra amor equivalía a sexo, deseo y lujuria, antojo carnal. Cuando menciona que tuvo algunas novias en su temprana juventud, confiesa que al besarlas no sentía nada; que era amor pero sin pecado; es decir, sin deseo carnal. Por el contrario, «Por las noches soñaba, pero no con mis novias, sino con mis amigos. Poco a poco se fue definiendo la causa de mi profunda inquietud y me di cuenta de que lo que me gustaba estaba prohibido por mi religión y por la sociedad» (Nandino, 2000: 32). En «Nocturno

crucificado», escribió: «En el valle mortal de mi zozobra / un pecado levanta su silueta: / es un mudo pecado ensombrecido / de siembra estéril en erial comprado» (Nandino, 1981: 137).

Finalmente, también hay seres que nacen con la poesía en el alma y en el espíritu. Elías Nandino también fue uno de ellos. En plena niñez, cuando contemplaba y describía los cerros, los bosques, las flores y los alrededores de su pueblo, le surgió el instinto de la poesía. Según confesión propia, el poeta aprendió a escribir en orden: «hallazgos respuntados en líneas; cuartetas con rima; cuartetas (tres o cuatro), con texto propio; sonetos; décimas; verso libre, pero medido; poema largo; nocturno» (Nandino, 1988: 21).

El mal, el bien y la poesía. El poeta se debatió siempre en tales situaciones. Un eros como lujuria incontinente y demoníaca; una fe a toda prueba a pesar de sus vaivenes; y un deseo implacable de escribir poesía:

Así imbuido en una infancia ciega, fanática, temerosa del demonio y con una imaginación sin alas, tenía que vivir con las jaculatorias a flor de boca, para ahuyentar los malos pensamientos que me despertaban el remordimiento antes de idealizar el pecado. Y yo, un niño candente que había nacido con un satanás en lugar de un ángel de la guarda que hacía que viera en cualquier objeto o animal los dibujos más raros y las formas más obscenas, y sobre tanta locura, la locura de hacer versos que me nacían exactamente de esas locuras que yo mismo provocaba o soñaba que hacía, y que me eran necesarias e indispensables para poder cometer esos versos [los de su primera juventud] (Nandino, 1981: 11-12).

Su poesía revela muy bien esta huella; el léxico de sus primeros poemas es bastante significativo al respecto: lujuria, pasiones, duelo voraz de corazones, vehemencia, inconsciencia, sed insaciable que camina buscando muslos aromados, fuerza, fuego mortal de los pecados, anhelo, amor, labios y tacto, piel de lumbre, ilusiones de raros lupanares... (Nandino, 1932). «Poema en el trópico», (*Espiral (de 1924 a 1928)*), es un resumen de todo lo anterior. El sol implacable hace que la tierra esté envuelta en un vaho de lujuria; el gallo, el leblel y el burro persiguen, alcanzan y copulan con su respectiva hembra; dos niños juegan a los papás; los insectos se besan en pleno vuelo, «y no hay nada en el mundo / que no sufra el deseo / de volverse caricia / y pecar con el cuerpo...» (Nandino, 1981: 40-41). El «Canto a la

imaveta» (1948) es otro ejemplo contundente en relación con su temperamento sexual incontentible.

Su incontentible eros, al exigir una forma de expresión poética, ganó la décima y, principalmente, el soneto. En su obra, esta forma poética es como una prisión con catorce rejas que, en su brevedad y actitud, contiene la exacerbada pasión de sus sentidos; la queja es un mudo silencio; la voz desgarrada del deseo transita por un cauce sonidos; las palpitations del canto del corazón son sujetadas por torce prisiones o versos del soneto. La contención y la aparente nitación de dicha forma poética (brevedad, exactitud, rigor) mantienen y revelan, al mismo tiempo, lo ilimitado del deseo. Los poemas de *Sonetos 1937-39* y de *Eco* (1934) son ilustrativos al respecto. Cuando la situación se volvió insoportable, hubo que resolverla de alguna manera. Por un lado, su educación religiosa y la represión correspondiente; por otro, su incontentible eros y la imaginación poética que empezaban a despertar en él:

Debo hacer presente que toda mi poesía está trascendida por un erotismo implacable. Pienso que el erotismo es al hombre lo que el sol a la tierra. Comencé a escribir a los catorce años y medio. No sabía lo que era el pecado cometido en cuerpo ajeno, pero ya lo soñaba. En seguida, mi vida se convirtió en una continuada incineración. El amor al amor como el verdugo más dulce que, conjuntando el cielo y el infierno en las mismas llamas, hizo que escribiera desde mi adolescencia positivas frases, no poemas; avernos de placer, no imágenes puras (Nandino, 1983: solapa del libro).

En la conjunción del cielo y el infierno, la relación entre el poeta y Dios es ambigua. Esta ambigüedad da lugar a uno de los pecados más importantes en Nandino: la blasfemia. En los vaivenes de la fe, en la vida del poeta está la sabiduría como temor a Dios; de ahí pasa a la vida, la búsqueda incansable, la comprensión imposible, la renuncia, la blasfemia y la creencia otra vez. En relación con este aspecto, también es determinante la forma poética que, además del soneto, eligió Elías Nandino: el nocturno, el cual se distingue «por su clima íntimo, reflexivo, reconcentrado, con tendencias filosóficas, metafísicas, místicas, que se escriben generalmente de noche, porque exigen soledad, quietud, recogimiento...» (Nandino, 1988: 19).

En algunos de sus nocturnos se revela una búsqueda de Dios en la naturaleza. La crítica ya ha señalado que en los poemas de *Nocturna palabra*, como la de algunos miembros del grupo de Contemporáneos. En dicho libro de Nandino se ha señalado un panteísmo o empatía universal: «Es la noción antigua, gnóstica, del microcosmos, que produce una actitud más positiva que la de *Muerte sin fin* de Gorostiza o Pellicer, que se sienten creaturas ante el Creador, que parten, finalmente, de creencias cristianas. Ese panteísmo, esa inmensidad, lo hacen también más libre que Cuesta» (Montemayor, 1984: 14). Ya en plena vejez, el poeta confirmó esta interpretación: «Yo les debo mucho [a los Contemporáneos], hasta su marginación, que me hizo reaccionar y trabajar solo, como un francotirador, y apegado en cierto modo a mi amor provinciano y a mi panteísmo exacerbado» (Nandino, 2000: 64).

No obstante, en los vaivenes de la fe es posible el retorno; cuando menos para cometer el pecado de blasfemia. En un soneto de *Naufragio de la duda* se lee:

Dudo, mi Dios, y sin embargo creo
con el abismo oscuro de mi mente,
que existe tu poder omnipotente
en todo lo invisible y lo que veo.

No es mi culpa si a veces soy ateo
cuando la angustia, con dictado urgente,
blasfema con su voz desfalleciente
en medio del misterio en que buceo.
(Nandino, 1983: 179)

La duda y la creencia simultáneas lo condenan a una búsqueda incansable y a un cuestionamiento inevitable, y también al reproche. El poeta se cuestiona por qué Dios nos ha permitido la necesidad y, al mismo tiempo, la imposibilidad de conocerlo o de comunicarse con Él; nos ha proporcionado la inteligencia y la razón para tratar de entenderlo y, al mismo tiempo, la imposibilidad de lograrlo. La crítica ha señalado la necesidad de Nandino de captar con los ojos y palpar con las manos a Dios, o a alguna de sus representaciones, para convencerse de que realmente existe, y no quedarse en una mera abstracción:

Esta abstracción es el Dios de Nandino, y ésta es su blasfemia. En [...] «Nandino no la duda», da cuerpo y voz a su inquietud ecológica, se inscribe sin títulos de dudosa larguísima tradición de creyentes que se encuentran al borde de la perdición eterna porque se atreven a dudar de lo que no pueden ver [...] Elías Nandino [...] pregunta por qué nos hizo Dios la jugada más cruel de todas: crearnos como pensantes para que nos revolcáramos en nuestra ignorancia (Cohen, 1983: 24-25).

De acuerdo con lo anterior, Elías Nandino no era totalmente panteísta. Si hubiera sido sólo panteísta, Dios estaría siempre presente en cada una de las cosas del universo; la duda, el reproche y la búsqueda tormentosa no tendrían sentido. En cambio, por una parte, el poeta cree que Dios no ha creado al hombre, sino al contrario. Por otra, el poeta busca a Dios por todas partes y lo único que encuentra es su ausencia. Los epígrafes de «Nocturno ciego» son contundentes al respecto: «...y el hombre creó a Dios / a su imagen y semejanza» «DIOS / es / la suprema ausencia. / La suprema ausencia / es DIOS / (Lo sabemos / mi soledad y yo)» (Nandino, 1988: 140).

El incesto es otro de los pecados que obsesionaban al poeta de Jalisco: «Mi delirio continuo era el de tener un hijo y a la vez un amante, y el incesto me encantaba. Cumplir sus deseos me parecía tan bello como poner el remate a un poema» (Nandino, 2000: 185). En otro lado escribió: «...la terminación con cada amante me costó meses de dolor y de orfandad, porque los amé no solamente como amantes, sino como hijos y, más, con la horrible y maravillosa sensación de que cometía un incesto» (Nandino, 2000: 159).

En este contexto, Elías Nandino revela su gusto y preferencia por los hombres jóvenes, su obsesión por la figura mítica del adolescente bello e inocente («Infierno adolescente que me abraza, / grito constante que me está llamando, / clavo de fuego que me va quemando, / torrente de lujuria que me abraza») (1939: 301). Asimismo, los cinco sonetos de «Poema en tu cuerpo» (1945) son el canto de un hombre viejo en homenaje a un hombre joven (Nandino, 1981: 221-223). Casi de la misma manera que Humbert tenía una especial preferencia por las Lolitas (niñas de los nueve a los catorce años), y para quien una mujer joven ya era una mujer vieja y sin ninguna atracción erótica o sexual (Nabokov, 2001: 23), para el poeta de Jalisco, la edad del adolescente bello era importante:

...el adolescente, lo apetecía de una manera obsedante [...] en cada sueño [...] siempre me veía al joven bello, adolescente, casi púber, porque yo quería formar un amor en una blanda, llegar a esculpir, como Pigmalión, la exacta estatua de lo que amaba. Muchos mis amores no fueron cosa de un día, sino labor de años. Cuando yo advertía el punto de la verdadera hermosura de la adolescencia, que llega desde los quince años hasta los dieciocho, entonces empezaba a hacer mis maniobras para conseguir la anuencia amorosa, teniendo cuidado de pasar de la amistad y la intimidad al amor, que de un modo indesatiable nos uniera. Nunca tuve amantes sin haberlos conformado a mi imagen y semejanza [...] Cuando mi amante crecía y yo le descubría vello y todos los signos varoniles, comenzaba a declinar mi amor [...] Nunca fui más feliz como cuando yo tuve presencia, potencia, sapiencia, inocencia y plena concupiscencia, porque entonces jugaba de igual a igual (Nandino, 2000: 158-159).

En este gusto por la pareja joven, Nandino actualiza el arquetipo del *lover* y el *Puer*. Pareciera seguir al pie de la letra la reflexión de un personaje de Lawrence Durrell:

Es difícil aislar una cualidad moral en el acto libre. Y, además, enamorarse de alguien más ignorante que uno mismo añade el delicioso estremecimiento que produce la conciencia de pervertirlo, de sumirlo en el barro del que nacen las pasiones, y los poemas, y las teorías sobre Dios. Quizá sea más prudente no emitir juicios (Durrell, 1987: 59).

En 1983, Elías Nandino publicó *Erotismo al rojo blanco*. En este libro, el poema dos («Vampiro de tu savia — sed de goce — / tránsito por el bosque de tu savia») incluye un epígrafe extraordinariamente irónico: «Bajo pervertido tu cuerpo, / lo despierto» (Nandino, 1983: 102). Al parecer, alguien debe poseer la ciencia y la paciencia y alguien debe ofrecer, cuando menos, la inocencia si se trata de «despertar» un cuerpo adolescente a la plenitud del eros. En efecto, no se trata de perversión, sino de perversidad. Elías Nandino ejercía el mal desde el punto de vista de la perversidad.

La perversidad es innata al ser humano; bajo sus incitaciones actuamos por la razón de que no deberíamos actuar; se trata de hacer el mal por el mal mismo; es un impulso del alma humana. «El impulso dice E. A. Poe — crece hasta el deseo, el deseo hasta el anhelo, el anhelo hasta un ansia incontrolable y el ansia (...) es consentida»

(Poe, 1986: 188). Ejemplo: cuando nos colocamos al borde del precipicio sabiendo que la caída implicaría una fulminante aniquilación. Ésta es, según Poe, la más espantosa y la más abominable imagen de la muerte y el sufrimiento que jamás se haya presentado en nuestra imaginación. Por esta simple razón la deseamos con una fuerza. «Y porque nuestra razón nos aparta violentamente del abismo por eso nos acercamos a él con más ímpetu» (Poe, 1986: 189).

En la perversidad, la noción de *límite* es fundamental. De acuerdo con el ejemplo que da Poe, lo terrible no consiste en lanzarse al abismo, pues la muerte sería inevitable: e instantánea; una vez muerta la persona, se acabó el tormento de la perversidad. Lo terrible tampoco consiste en obedecer a la razón, a fin de alejarse del borde del abismo. Lo verdaderamente terrible de la perversidad es permanecer al borde, en el límite—zona fronteriza y demoníaca que se establece entre la salvación y la destrucción total. Aún más. Para que se dé lo terrible de la perversidad, debe haber conciencia o conocimiento de las situaciones extremas: soy consciente de que el bien, lo debí, obedecer a mi razón y alejarme del borde del abismo. También sé perfectamente que hacer lo contrario es lo que no debería hacer. Pues bien, precisamente porque soy consciente de lo que no debería hacer, sé que debo y tengo que hacerlo.

El límite de la perversidad también tiene que ver con la provocación de lo prohibido o de lo malo; con la práctica del mal como transgresión de lo más sagrado, el gusto, el placer, el éxtasis, el dolor, el sufrimiento, el remordimiento de conciencia, el arrepentimiento, conciencia plena de saber que se está haciendo lo indebido, fascinación, ansias de eternidad y de perdición total.

Elías Nandino era adicto a la perversidad. Al ejercer el mal lo gozaba, lo disfrutaba y, al mismo tiempo, lo sufría intensamente (remordimiento de conciencia, fascinación ante lo terrible) hasta llegar al límite del inconcebible placer perverso. Nandino, quien se autodenominó «semen de pecados nacidos» y «una llama sexual», dijo: «Mi temperamento sexual era un infierno» (Nandino, 2000: 40). Cuenta el poeta que en una ocasión, en Veracruz, había tenido una intensa actividad sexual y, no obstante su cansancio corporal, su ansia sexual era incontenible. En *Sonetos 1939*, los poemas correspondientes

«... Pasión», llevan el siguiente epígrafe anónimo, o inventado por el propio poeta: «El sexo es la herida mortal por donde el cuerpo se desmenuza» (Nandino, 1981: 167). Goce y sufrimiento al mismo tiempo. Y a esto se le agrega lo prohibido, la situación es inaudita: «Yo aseguro que los hombres más felices no han tenido las noches de amor que yo tuve, porque ellos las han gozado normalmente y yo las gocé con lo prohibido» (Nandino, 2000: 57). Y en otra parte escribió: «El verdadero amor no tiene códigos; con el cuerpo se da también el alma. El amor no es eterno, pero el tiempo que es amor, es cielo e infierno a la vez, es decir, un martirio gozoso» (Nandino, 2000: 185). En su práctica como médico, Nandino orientaba a sus pacientes con tendencias sexuales heterodoxas: «Entonces me daba gusto ser como soy y producir confianza en estos seres que, como yo, llevan un calvario gozoso y doloroso» (Nandino, 2000: xvii). Siendo niño, cuando iba a nadar con sus amigos, gustaba de rozar y contemplar los cuerpos de sus compañeros y, al mismo tiempo, sufría porque sospechaba que su preferencia no era aceptada: «Sabía y no sabía por qué sufría» (Nandino, 2000: 19). Ya en plena madurez, al terminar con uno de sus múltiples amantes, dijo: «Yo me quedé solo y mi vida se volvió un infierno. Me hacía falta, a la vez, me gustaba el dolor que sentía al tener que arrancármelo para dejarlo ser feliz y recobrar mi libertad» (Nandino, 2000: 108).

En la perversidad, los sentimientos encontrados son importantes. En cuestión de erotismo y sexualidad, el placer y el goce se combinan con el miedo, todo lo cual intensifica la lujuria. En una ocasión, el poeta tuvo un encuentro con un amante desconocido, el cual llevaba un puñal enorme: «Nadie puede imaginar lo que es el placer así, con deseo y con miedo, sin saber cuál será el resultado final, pero, como la carne se vuelve ciega cuando la lujuria la embriaga, los dos llegamos a un orgasmo tremendo y simultáneo [...]. No imaginan qué grande fue para mí el goce cercado por el miedo» (Nandino, 2000: 149). Ya desde su temprana juventud, al descubrir la intensidad de sus deseos, escribió: «Y perdido en el mar de mi locura, / en olas de pecados y quimeras, / doy un beso al placer de mi amargura» (Nandino, [1937-1983: soneto VI, s/n de página).

En la obra de Elías Nandino, vida personal y poesía son la misma cosa. La afirmación de Fernando Pessoa, en el sentido de que lo

poetas siempre mienten porque nunca hacen lo que dicen en sus poemas, y la consecuente distinción y distancia entre el sujeto lírico y el poeta de carne y hueso, simplemente no funcionan en el caso del poeta de Jalisco. Por una parte, está su experiencia como médico; en «Poema de mi poesía» escribió:

De las quejas dolientes de los cuerpos,
de los temblores de los epilépticos,
de los mudos cánceres malignos,
de las pálidas rosas de la tisis,
del calvario de todos los gemidos:
voy formando las voces de mi verso.
En la muerte palpable de los muertos,
en los lentos arroyos de agonías,
en las miradas de desesperanza,
en las nevadas criptas de la amnesia:
se ahondan mis sentidos y descubren
la llaga que fecunda mi poema.

¡Oh las horas enteras, junto al lecho
esperando la vida del pecado
de dos seres de amor,
que alargaron la vida de su vida
en el dardo naciente de otro dardo!
(Nandino, 1981: 142)

A sus ochenta y dos años decía: «...yo escribo como vivo y vivo como escribo. La poesía la creo de mi propia vida vivida [...] mis poemas nacieron de la verdad de una pasión intempestiva e indomable. La larga vivencia fue auténtica. La experiencia vital inaudita» (Nandino, 1983: 21). Al hacer el balance de su vida y publicar *Erotismo al rojo blanco* (1983), escribió el siguiente «Poema prefacio»:

No me importa
cómo juzguen mi vida,
yo traté de vivirla
haciendo exactamente
lo que ella apetecía.
No hubo deseo,
tentación o capricho

que no la realizara
con eficaz esmero.
Y fuera lo que fuera
al tiempo de cumplirlo
lo transformé en ensueño.

Por ella fui lascivo
y no he dejado puro
ni un poro de mi cuerpo.

Fue tal mi apego
a los desmanes
de su carnal orgía,
que a mis ochenta y dos años
de un infierno en ruinas
aún estoy creando mi poesía.
(Nandino, 1983: 15)

No es casual que su libro *Color de ausencia* (1924) lleve el siguiente epígrafe de Georges Bernanos (reproducido en *Erotismo al rojo blanco*, 1983): «La poesía no es nada si no es el canto de nuestra propia miseria». Y, en ocasiones, esa miseria propia es, al mismo tiempo, despreciable y deseable, incluso después de la muerte. Elías Nandino nunca se resignó a perder la potencia sexual de su lujuria aunque hubiera sido una de sus diversas miserias de la vida: «Ya volveré del mundo de la sombra / —por venas de misterio / o por ardientes ángeles de semen— / a renacer en otro cuerpo joven / donde siga el tormento / del inmortal suicidio de la carne» (Nandino, 1981: 141).

La poesía —iba yo a decir: la vida— de Elías Nandino es un cable de alta tensión. Vida y muerte, amor y pasión, pecado, lujuria, placer y amargura, muerte de goce a cada instante:

A mi llegada a México cuando comecía mis desmanes sexuales, aún me remordia la conciencia. Los restos del complejo del pecado prohibido me hacían tener intensos remordimientos, hasta que un día me hice a mi mismo un poema que intitulé «Autodefensa» y que dice así:

Un día
la voz de la conciencia

me laceraba tanto
que, desesperado,
me coloqué
frente al espejo
y discutí...
(Sali absuelto
y los dos terminamos
llorando...)

Fue el instante en que yo me absolví a mi mismo, en que me retiré la sensación del pecado y empecé a considerar natural mi manera de vivir (Nandino, 2000: xv-xvi).

Uno pensaría, después de esta declaración, que el poeta superó su problema con el pecado; máxime cuando leemos lo siguiente:

Estoy más allá del bien y del mal, de la fealdad y de la belleza, de la esperanza y de la desesperanza y sin llamar ni repudiar mi muerte la extraño porque ella es lo único que me falta para completarme. Ahora ya no soy sino mi pasado, el que constantemente estoy rumiando para dar sentido a mis reflexiones y mi monólogo. No hay nada que me avergüence o que despierte mi arrepentimiento y ahí queda mi Poesía como único testimonio de mi maravilloso decaer (Nandino, 1981: 12).

No obstante todo lo anterior, la situación siguió siendo la misma en relación con el pecado. El poeta estaba convencido de que todos llevamos un demonio oculto, un Lucifer de sangre que nos inclina al mal. Pero el poeta, de manera particular, como si fuera una jubilosa maldición, estaba seguro de que su caso era particularmente especial o, cuando menos, más intenso: «De vivir estoy muriendo / en los brazos del pecado: / hambriento de lo alejado; y hastiado de lo obtenido. / No es mi culpa estar movido / por un demonio insaciado» (Nandino, 1981: 274).

Los testimonios pueden ser importantes. Xavier Villaurrutia presenció algunas operaciones quirúrgicas que Nandino realizó. Al hablar de la actividad médica de su amigo, dijo:

La intuición luminosa y certera, la razón clara y fría, la mirada rápida y profunda, la mano firme y delicada de un cirujano salvan y prolongan la vida de un cuerpo

... como, pero anestesiado, sumido en una muerte provisional. Sólo el poeta podía un cuerpo sensible. Sólo el poeta corta en carne viva. Ese cuerpo sensible, que como viva son los suyos (Villaurrutia, [1934] 1982: 6).

El poeta de Jalisco nunca dejó de experimentar el placer y el goce de los pecados como tales y, al mismo tiempo, los remordimientos de su carne viva en relación con la perversidad. Goce supremo, sufrimiento, remordimiento, dolor, martirio: «Siempre aborrecí la reproducción; tuve miedo de engendrar un hijo igual que yo o peor que yo, que fuera a sufrir, y al mismo tiempo a gozar, ese martirio de masoquismo sexual que acababa en el cuerpo y seguía en el espíritu» (Nandino, 2000: 191). El remordimiento de conciencia nunca lo dejó vivir tranquilo. Al confesar su gusto por el incesto, habló sobre un amante joven: «Lo haría mi hijo. Poco a poco, del todo puro pasaría al beso languado, hasta que llegara el momento en que pudiera sentir el placer de cometer un incesto, de violarlo adhiriendo el deleite del remordimiento» (Nandino, 2000: 178-179).

Su condición homosexual fue determinante en relación con los conceptos de pecado y de remordimiento de conciencia. Cuando niño, un amigo de su pueblo lo acusó, mediante una ofensa máxima, de estar practicando acciones indebidas con algunos curas: «Precisamente a partir de esa ofensa yo viví con remordimiento» (Nandino, 2000: 40). Tiempo después afirmaría: «Yo amaba ser como soy y al mismo tiempo me arrepentía de serlo» (Nandino, 2000: 56).

Su práctica médica también fue determinante. Para alguien como Nandino, que ejercía la perversidad, la homosexualidad siempre fue una práctica contra natura y una enfermedad incurable. En los exámenes médicos se fue dando cuenta de los peligros que existen al ejercer los deleites practicando con los órganos funciones diferentes a las que están destinados. Su experiencia como médico le hizo pensar que sus pacientes tenían derecho a vivir como querían, «pero con instrucción, higiene, cuidados, porque al fin y al cabo el homosexualismo, digan lo que digan, no es curable» (Nandino, 2000: xvii). Y agregó: «Ahora ya sé que es un mal incurable, porque no está en la carne, sino en el alma, y el alma es intocable y no sabemos en qué parte del cuerpo ella se esconde» (Nandino, 2000: 41). En uno de sus nocturnos escribió:

Ya no es tiempo de ser, por eso busco
 en mis hogueras de remordimiento:
 las llamas que derritan mis recuerdos
 y anulen el caudal de mi lujuria.
 (Nandino, 1981: 225)

La muerte es otro elemento importante en relación con la perversidad. Por una parte, al igual que en Villaurrutia, la influencia de Rilke es innegable. La muerte y la vida son las dos caras de la misma moneda. Nacemos con nuestra muerte, vivimos con ella y sólo nos realizamos cuando la enfrentamos cara a cara al final de la vida. Por otro lado, en «Poema desde la muerte», la muerte es como «un enemigo próximo que anhela devorarnos» (Nandino, 1983: 223). En 1953, en «Décimas a mi muerte» (*Triángulo de silencios*) escribe:

Oculto en mi celda estrecha
 vivo el temor de tu encuentro,
 y el latir que vive dentro
 de mi esperanza deshecha
 sufre pensando la fecha
 de mi profunda caída...
 Quisiera encontrar salida
 mas ¿cómo puedo vencerle
 si estoy herido de muerte
 desde que vine a la vida?
 (Nandino, 1983: 91)

Cuando las dos perspectivas se juntan, dan lugar al dolor y al placer en relación con la perversidad. En una de las décimas de «Conversación con mi muerte», se lee:

Muerte: no sé lo que quieres
 con este matarme a pausas,
 ni tampoco por qué causas
 me revives y me hieres.
 En dolores y placeres
 siempre descubro escondida
 tu vigilancia homicida,
 y no entiendo si sufrir

o gozar con el morir
 con que prolongas mi vida.
 (Nandino, 1983: 115)

En el ámbito de la creación poética también es importante el remordimiento. En palabras de Sandro Cohen, Elías Nandino «busca expresar lo que me encerrado en el cuerpo, en un pensamiento que parece darse gusto con la constante tortura de preguntar lo que nunca hallará respuesta» (Cohen, 1983: 16). El propio poeta así lo entiende: «Poesía inexpressada, que me remuerde / la conciencia como una deuda innata / que no me deja morir, ni vivir, / porque aún no he podido liquidarla» (Nandino: 230). Xavier Villaurrutia intuyó muy bien la interioridad compleja del poeta de Jalisco cuando escribió acerca de él:

¡Ya me lo imagino, el día más pensado, desprenderse de sí mismo y con precauciones infinitas, lúcido y frío, auscultar su propio tronco ardiente, seguir las intermitencias de su corazón, poner al descubierto las capas profundas de la tierra del cuerpo y explorar las antiguas cavernas del pecho para extraer, de los complicados repliegues de la red de los nervios, los ligeros pájaros y los seres marinos que el hombre ha ido ocultando en el hombre! (Villaurrutia, 1982: 6)

A medida que sajava el cuerpo febril, lo que el poeta extrajo de esas profundidades fue la convicción de que lo suyo era la perversidad. En plena vejez escribió: he llegado «a una edad avanzada con el cuerpo casi muerto, pero con el infierno sexual, oculto y vivo. La vejez externa es una apariencia que guarda en sus adentros, casi intacto, el deseo sexual erecto en el martirio doloroso de su carne enjuta. Todos los ancianos somos Tántalos que ambulaban con la sed en la mirada» (Nandino, 1983: 21-22).

La intensidad de su inmersión en la lucha del bien y el mal permite afirmar que Elías Nandino tenía mucho de místico. En varios de sus poemas, si hacemos abstracción de su preferencia sexual, se revela la huella de San Juan de la Cruz o de Santa Teresa; la pasión y el fervor son parecidos. En ocasiones viene a la memoria la imagen de la llama de amor viva: «No sé quién soy en esta llama efuente / de angustia, de dolor, de goce y llanto, / en que nace el misterio de un encanto / que destruye mi vida y la alimenta»

(Nandino, [1937] 1983: soneto XIII, s/n de página). Otras veces, oímos el eco del «muero porque no muero» en uno de sus arrebatos místicos de lujuria:

Inferno adolescente que me abraza,
grito constante que me está llamando,
clavo de fuego que me va quemando,
torrente de lujuria que me abraza.

Delirio de caricias que rebasa
la copa de mis fuerzas, desatando
tempestades de amor que van dejando
otra sed en la sed que me traspasa.

Imán de lirios que me anuda entero
a su cruz calcinante, enardecida,
donde sangro mi fruto agonizante;

red en que me debato, prisionero
al hirviente cadalso de mi vida,
donde muero de goce a cada instante.
(Nandino, 1983: 30)

El propio poeta era consciente de esta filiación religiosa y mística. Al mencionar, en su autobiografía, que su madre era profundamente religiosa, escribió: «Esta herencia me la vació en la sangre cuando me estaba formando y yo era un místico, a pesar de mis malos pensamientos» (Nandino, 2000: 161). Y agregó:

Tengo la vanidad de haber ascendido desde el pecado y la orgía hasta una ancianidad de la que siento mi espíritu completamente limpio, como si todas las angustias, dolores y dichas me hubieran servido para acrisolar mi larga vida. Quise siempre seguir los ejemplos de San Pablo, de San Agustín, de San Ignacio de Loyola y del precioso mártir que se llamó Arthur Rimbaud, quien, huyendo de la sociedad, fue a Abisinia a buscar su muerte (Nandino, 2000: 160).

En efecto, después de pasar una temporada en el infierno, no le queda más remedio que hacer uso de una hermosa blasfemia:

...la obsesión de mi vida ha sido comprender a Dios, concebirlo como el creado del Universo, confundirlo con los astros, hacerlo visible y asible, escucharlo en el fondo del silencio de mi carne [...]. Yo comprendo que mi poesía es mística con un misticismo revolcado en la carne y en la lujuria, pero que a pesar de todo he conservado limpio su espíritu, siempre con la esperanza de que el acendramiento de mi pensamiento pueda hacerme abarcar, no en palabras, sino en un triunfo psíquico, esa suprema fuerza que dominó el caos y creó la armonía del universo (Nandino, 2000: 162).

Según su propio testimonio, lecturas de Goethe, Vargas Vila, Kierkegaard y Nietzsche lo alejaron de Dios. Sin embargo, al leer la vida de los grandes iniciados (Rama Krishna, Hermes, Moisés, Orfeo, Pitágoras, Platón, Buda y Jesús) intuyó que él traía el mismo germen «tal vez hubiera llegado a alturas sublimes en que, cuando menos me definiera a Dios y me colmara este vacío ciego en que a todas horas me ahogo» (Nandino, 2000: 162). Una vez más, los conceptos encontrados con la solución, el tormento de negar y, al mismo tiempo, esperar a Dios

Yo mismo, sin querer y queriendo, en muchos poemas líbricos acabo por rendir la solución de los mismos con esa voz de ese niño terco que a veces llora y no me deja que olvide del todo ese Dios que niego y que espero todavía. Envidio a quienes no tienen la decepción de estar viviendo en un mundo de conjeturas que ahogan la potencia de mi conciencia atormentada.

«Mi tragedia»

Es que no soy como todos.
Ni todos son como yo.
A mí me hicieron mis padres.
A ustedes, normales: Dios.

Al meditar mi tragedia
me nació la indignación:
mi razón se volvió atea
y dejó la religión.

Sin embargo, en los momentos
en que se intensifica el dolor
de mi angustia existencial,

la infancia oculta de niño
que sigue viva en mi sangre
se exacerba y, sin mi anuencia,
vuelve a platicar con Dios.
(Nandino, 2000: 163)

En esta contención que mezcla lujuria, negación y esperanza de Dios, el poeta Elías Nandino se revela como un místico al revés al estilo de Georges Bataille. No hay nada más perverso que creer y esperar y aspirar a Dios al mismo tiempo que se expresa una hermosa blasfemia en la forma contenciosa y explosiva de una de sus décimas desnudas más memorable:

Carne impura, carne mía,
tormento de mi existencia:
en ti, apresada mi esencia
goza y sufre su agonía.
Bajo tu jungla sombría
y con tus sangres en celo,
sólo es lujuria el anhelo.
Pero... por sendas carnales
y por pecados mortales,
también se conquista el cielo.
(Nandino, 1981: 273)

Podemos terminar. Al escribir sobre Porfirio Barba Jacob, Nandino mostró su más profunda interioridad y, al mismo tiempo, dejó el mejor testimonio de la literatura, cuando menos mexicana, sobre la perversidad ejercida en carne propia (goce y placer de lo prohibido, lujuria, éxtasis, dolor, sufrimiento, remordimiento de conciencia, ansias de condena eterna):

Yo tengo la impresión de que la poesía de Porfirio Barba Jacob tenía un sello más especial, una angustia, un dolor, una úlcera secreta que supuraba poesía, como una especie de isla interior donde el bien y el mal combatían sin descanso y el mal triunfaba con un éxito fragoroso. Había en él como un afán de destruir su cuerpo, para que quedara su alma pura y desnuda. Vivía el goce y el arrepentimiento de sus vicios. Yo adoro sus poemas porque mi caso es semejante al de él: el de gozar y sufrir la pureza y la impureza que desgraciadamente se practica con las letras (Nandino, 1981: 273)

... tipo o cambiando las funciones de nuestros propios órganos. Nadie puede comprender el goce tan tremendo del amor contra natura y tener, al mismo tiempo, el remordimiento como una punzada adentro de la conciencia (Nandino, 2000: 112).

Obra citada

- Bataille, Georges. *La literatura y el mal*. Madrid: Taurus, 1987.
- Cohen, Sandro. «Prólogo», en Elías Nandino. *Antología poética 1924-1982*. México: Domés, 1983.
- Duffell, Lawrence. *El cuarteto de Alejandría (Balhazar)*. Buenos Aires: Sudamericana, 1987.
- Montemayor, Carlos. «Introducción», en Elías Nandino. *Nocturna palabra*. México: Domés, 1984.
- Nandino, Elías. *Cerca de lo lejos. Poesía 1972-1978*. México: FCE, 1979 (Letras Mexicanas).
- . *Nocturna palabra*. «Introducción» de Carlos Montemayor. México: Domés, [1960] 1976.
- . *Medio rostro de una vida. Poesía de 1916 a 1948*. México (Guadalajara, Jal.): Colomos, 1981.
- . *Antología poética 1924-1982*. «Prólogo» de Sandro Cohen. México: Domés, 1983.
- . *Sonetos (1937-39)* [1937]. México: Katún, 1983.
- . *Erotismo al rojo blanco*. Prólogo de Carlos Monsiváis. México: Domés, 1983.
- . *Conversación con el mar y otros poemas (1945-1948)*. Prólogo de Jorge Esquinca. México: Depto. del Distrito Federal, 1986.
- . *Todos mis nocturnos*. Guadalajara, Jalisco: Ayuntamiento de Guadalajara, 1988.
- . *Elías Nandino para jóvenes*. Selección y Prólogo de Jorge Esquinca. México: CNCA-INBA, 1990.
- . *¡Juntando mis pasos* [autobiografía]. México: Aldus, 2000.
- . *Elías Nandino. El azul es el verde que se aleja*. Selección, prólogo y notas de Jorge Esquinca. Guadalajara, Jalisco, México: Secretaría de Cultura-Gobierno de Jalisco, 2008.
- Radlovsky, Vladimir. *Lolita*. Barcelona: Anagrama, 2001.
- Poe, Edgar Allan. «El Demonio de la perversidad», en *Cuentos I*, traducción de Julio Cortázar. Madrid: Alianza Editorial, 1986.
- Villarruta, Xavier. «Prólogo», en Eco de E. Nandino (1934). En «Prólogo» a *Elías Nandino. Cautinbre de morir a diario* [7 nocturnos]. Guadalajara, Jal.: Depto. de Bellas Artes y FOMAPAS del Estado de Jalisco, 1982.